

EDITADO POR DIARIO-ABC

SOCIEDAD LIMITADA

ABC

FUNDADO EN 1903

POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

# New York, New York

**D**UERME Nueva York como una bella princesa pop a la orilla de una prodigiosa bahía, envidia de todas las bahías, rodeada como un nuevo paraíso por dos ríos caudalosos, nuevos Éufrates y Tigris, por los que nuestra imaginación, tan cinematográfica, veía correr a diario, más que agua, torrentes de riqueza, modernidad, seguridad y dulce miel. Desde hace un siglo, el mundo entero corría cada mañana, al despertarse, a ponerse a los pies de esa princesa de ensueño, más encantadora que encantada, para cantarle su nana favorita, la de Sinatra. Creados todos nosotros de su propia costilla, igual que Eva fue sacada de la costilla de Adán, y a su imagen y semejanza, éramos más ella que nosotros mismos, más sus historias que las nuestras. Y, en ese sentido, se puede decir que todos somos y hemos sido neoyorquinos.

Nueva York ha sido, desde hace un siglo, como el puerto seguro y firme de Occidente, el faro gigante, de cristal y sueño, que iluminaba constantemente todas las navegaciones humanas, señalándonos a los navegantes de la existencia, día y noche, tierra absolutamente segura. Mirábamos, en cualquier ajetre de la historia, esa mole de orgullo humano, esa nueva Babel de etnias y de lenguas, al margen de horas y relojes, máquina en movimiento perpetuo, lugar del Todo, bazar de la existencia, hipermercado en el que no falta nunca nada, y recibíamos la sensación balsámica de que teníamos un seguro de vida, un refugio perpetuo en medio del atisigante oleaje de la volatilidad histórica. Nueva York ha sido el gran espejismo del fértil desierto de Occidente. La fábula de una majestuosa Ciudad-Estado del mundo moderno cubierta por un halo de invulnerabilidad muy por encima de toda prudencia e, incluso, de toda imprudencia.

Transcurría así mecánicamente nuestra historia de fábula y ensueño, con los ojos medio cerrados a las abundantes sombras y deficiencias —urbanas, vitales, sociales o históricas— de ese sueño, hasta que un fatídico 11 de Septiembre, al ir a besarla como todas las mañanas, en los labios carnosos de Wall Street o en la suave mejilla del *Downtown*, la hemos encontrado infartada y semijmuerta, atacada, como en todos los cuentos, por una bruja malvada que le lanzó inmensas bolas de odio y fuego. Puesto que Nueva York era el corazón del mundo, y el lugar de todas sus palpitaciones, tenía que ser, necesariamente, el lugar elegido para el gran infarto. En Nueva York ha infartado, probablemente para siempre, toda esa inmensa capa de merengue estilo Hollywood con la que habíamos ido recubriendo nuestro propio destino histórico. Ese último puerto seguro y majestuoso de Occidente se ha roto ahora como se rompen todos los espejismos y los sueños: de un golpe seco. Y ahí está la bella princesa de nuestro cuento, postrada y destruida, mientras todos andamos a la búsqueda de las viejas certezas y de la invulnerabilidad de nuestro progreso.

Vivíamos un cuento de hadas, con una princesa durmiendo a la orilla de una prodigiosa bahía, rodeada de príncipes de la economía, héroes del arte, cables y comunicaciones prodigiosas, más todos los ingenios, y con una nueva y aparentemente definitiva Torre de Babel, que conseguía por fin la meta de todas las Babeles anteriores: la armonía del caos y

de lo contrapuesto. Y no teníamos la mente ni la imaginación preparada para que a ese faro y estandarte de Occidente le entrase por lo más alto un túrmix con aspas de avión que le triturase la cabeza, dejándonos como único rastro y recuerdo un inmenso, y ya irrellenable, boquete. Lloramos, abatidamente, a tantos y tantos inocentes, lloramos, rabiosos, por un fanatismo criminal, pero lloramos, sobre todo, por nosotros mismos, pobres niños que se despiertan de un sueño perdidos, indefensos y huérfanos; no están hechas nuestras retinas ni nuestras neuronas para que le entre a Occidente un avión supersónico por una gigantesca cristalera, y desmorone esta Torre de Babel que creíamos tan perfecta. Se nos ha roto, en una mañana siniestra, nuestro más precioso juguete, el sueño de la invulnerabilidad de nuestros más desarrollados artefactos, nos ha entrado, por esa inmensa cristalera de orgu-

## Nueva York ha sido, desde

### hace un siglo, como el

## puerto firme de Occidente

llo, de ciento diez pisos de soberbia humana, el tiburón de la historia, al que creíamos tener metido, para siempre, en una pecera y poder contemplarle placidamente como si fuera una sardina domesticada. Nueva York es ya lo que fueron todas las Babeles anteriores: una gigantesca ficción, apoyada en dos enormes pies de barro con forma de torres gemelas.

Y ése es, y ha sido ya hace tiempo, el verdadero problema. Que nos habíamos ido poniendo, como en el cuento de Alicia en el País de las Maravillas, al otro lado del espejo y estábamos cada vez más acomodados a ese mundo de fantasías y sucesos sorprendentes. Hace tiempo que perdimos la humildad obligatoria para toda civilización realista y sensata. Antes de que los reactores de ese avión asesino entrasen por aquel océano de cristales, todos habia-

mos puesto nuestro granito de fuego a esa bola incendiaria de Occidente. Venimos comportándonos, desde hace tiempo, como el guardián altivo que cree que no queda en la historia perro salvaje que no se someta a su sofisticado silbato —político, militar o financiero—. Esa soberbia inconsciente ha llegado a elevarse tanto como los mismos rascacielos. Y se ha caído ahora con idéntico estruendo. Hemos creído que nuestro racionalismo inánime y cojitranco era un artilugio más que suficiente para enfrentarse y domeñar al mundo, terrorífico, de las pasiones e irrationalidades humanas, que, pensábamos, las tenía todas atadas y bien atadas el Pentágono. Pero el Pentágono sólo tiene, y sólo entiende, de aparatos. Hace ya tiempo que estamos en una era de pasiones, y no en la vieja era de las estructuras. En una señal más de nuestra desmesurada imprudencia e inconsciencia, hemos ido desmontando, como verdaderos suicidas, todos los cortafríos que la experiencia histórica nos había ido dando para que nos sirvieran de barrera frente al eterno retorno de lo mismo, el huracán de la historia, un océano de irrationalidades más o menos sangrientas. Nos reconcomemos ahora buscando causas y efectos, talibanes y fanatismos ocultos en el fondo de países oscuros, pero nadie se acuerda en este terrible instante de nuestra sofisticación exagerada; de todo lo que hemos ido tirando por la borda, orgullosos, en medio de nuestra navegación histórica: una enorme ingeniería filosófica, moral y política que, mal que bien, habíamos heredado del pasado y nos había ido llevando.

Liberados de ese equipaje, que nos parecía excesivamente lento y pesado para el acelerón de nuestra osada incursión histórica, nos hemos entregado al reino de las ligerezas. Del sueño, más o menos inocente pero robusto, de una verdadera sociedad ilustrada, como está trazada en la musculatura intelectual kantiana, o incluso en los grandes pensadores liberales, que poco tienen que ver con sus exangües sucesores o epígonos, hemos ido derivando, paulatinamente, hacia la construcción de una sociedad trivial y trivializada, en la que engullimos a diario masas gigantes de ideas inánimes, dosis imposibles de fatuidades, hedonismos de baratija, verdades tan acomodaticias y blandas como los relojes de Dalí, utopías que se reducen a pura imagen, o la moda elevada a filosofía de la historia. En ese contexto, el mundo se nos está polarizando abiertamente en dos mitades: sociedades cada vez más tribales frente a sociedades cada vez más triviales. Y ésa es la disyuntiva y el problema. Ahora, de repente, la ciega pasión tribal nos ha despertado; bruscamente, de nuestra pasión trivializadora. El avión nos ha mutilado esa Ciudad-Estado que nuestra imaginación había constituido en modelo y flecha del futuro. Convertidos en un gran muñón, hemos descubierto por fin en qué consistía el nuevo y rutilante orden mundial, en el desorden. Nueva York, como símbolo, más que una gran manzana, era una gran fábula. Y en un minuto fatídico nos hemos vuelto conscientes de nuestra propia inconsciencia. Estamos otra vez, como siempre, en medio de la jungla de la existencia, acompañados por los enemigos de siempre: el caos, el azar y nuestra fragilidad eterna.

LUIS MEANA MENÉNDEZ  
Escritor

**CONVIÉRTETE EN UN GRAN PROFESIONAL DESDE EL PRIMER DÍA DE CLASE**

**Titulaciones Oficiales de TÉCNICO SUPERIOR en:**

- Lab. Diagnóstico Clínico.
- Anatomía Patológica y Citología.
- Prótesis Dental.
- Higiene Dental.
- Salud Ambiental.
- Educación Infantil.

*Prácticas en empresas  
Bolsa de Trabajo  
Ministerio Especifico  
(Opcional)*

Centro Homologado por el Ministerio de Educación y Cultura.  
C/ Adela de Balboa, 16 - 28020 Madrid (Metro Cuatro Caminos)  
Tels.: 91 534 70 84 / 91 534 51 11

**EEP**  
Escuela Específica de Especialistas